

LOS PERSAS COMO ESCLAVOS EN LA HISTORIOGRAFÍA¹

Borja Antela-Bernárdez
Universitat Autònoma de Barcelona

Clàudia Zaragoza Serrano
Universitat Autònoma de Barcelona

ES BIEN SABIDO QUE LAS GUERRAS MÉDICAS supusieron un proceso complejo y profundo de afirmación de la libertad griega, hasta el punto de convertir esta libertad en una cualidad fundamental de las comunidades helénicas. Así, la idea de la lucha por la libertad como elemento articulador de la resistencia griega frente a la invasión persa aparece, por ejemplo, en Esquilo:

Reina. — ¿Y qué Rey está sobre ellos y manda su ejército?

Corifeo. — No se llaman esclavos ni súbditos de ningún hombre².

1. Investigación desarrollada dentro del proyecto HAR2014-57096 *El Impacto de la conquista de Alejandro* (338-279 a.C.), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, y dirigido por B. Antela-Bernárdez y J. Vidal Palomino, y del Grup de Recerca Emergent Història del conflicte a l'Antiguitat (2014SGR1111) de la Universitat Autònoma de Barcelona.

2. Aesch. *Pers.* 241-242; traducción de B. Perea Morales, "Los Persas", en M. Fernández Galiano, B. Perea Morales (Ed., trad.), *Esquilo. Tragedias*, Madrid, 1993, 215-264.

[]

Esta misma idea de la libertad aparece de nuevo en diversos pasajes de la obra:

Adelante, hijos de los griegos, libertad a la patria. Libertad a vuestros hijos, a vuestras mujeres, los templos de los dioses de vuestra estirpe y las tumbas de vuestros abuelos. Ahora es el combate por todo eso³.

En efecto, los griegos se autodefinen a sí mismos como exentos de cualquier sumisión a la soberanía de un poder unipersonal, aunque sabemos perfectamente que ello no es del todo exacto y que diversas comunidades entre los griegos se regían por medio de sistemas monárquicos. No obstante, la monarquía aparece desde el choque con Persia claramente asociada en las obras de los autores griegos a una relativa carencia de libertad. Así lo expresa, por ejemplo, Herodoto, en diferentes ocasiones, de las que la conversación entre Demarato y Jerjes nos proporcionan algunos útiles ejemplos. Así, Jerjes afirma:

¿Cómo podrían oponerse a un ejército tan poderoso como éste mil, diez mil, o incluso cincuenta mil hombres, si todos ellos gozan de la misma libertad y no están a las órdenes de una sola persona?⁴.

A lo que responde Demarato:

Lo mismo ocurre con los lacedemonios: en combates singulares no son inferiores a nadie, mientras que en compacta formación son los mejores guerreros de la tierra. Pues, pese a ser libres, no son libres del todo, ya que rige sus destinos un supremo dueño, la ley, a la que, en su fuero interno, temen mucho más, incluso, de lo que tus súbditos te temen a ti. De hecho, cumplen todos sus mandatos, y siempre manda lo mismo: no les permite huir del campo de batalla ante ningún contingente enemigo, sino que deben permanecer en sus puestos para vencer o morir⁵.

Hábilmente, Herodoto opone aquí la soberanía de la ley, sobre la cual podríamos establecer diversas observaciones, de la soberanía unipersonal, que consideraba una forma de sumisión para los súbditos, convertidos en siervos de un monarca en calidad de dueño de éstos, como si se tratase de esclavos, sin que la voluntad de los gobernados

3. Aesch. *Pers.* 400-405; Perea Morales, 1993, trad.

4. Hdt. 7, 4-5; traducción de C. Schrader, *Herodoto: Historias. Libro VII*, Madrid, 1979.

5. Hdt. 7, 4-5; traducción de C. Schrader, *Herodoto: Historias. Libro VII*, Madrid, 1979.

fuese en modo alguno relevante para aquél bajo cuyo mandato vivían. Resulta evidente además la intención de Herodoto de establecer con firmeza la superioridad de la soberanía de la ley sobre la de cualquier monarca: los espartanos, aquí un ejemplo mismo de los griegos en general, obedecen y temen más la ley que lo que los persas temen y obedecen al Gran Rey, pues mientras que aquellos no huyen del campo de batalla, como la ley prohíbe, los persas abandonarían su lugar en la lucha, pese a las órdenes de su rey, dando lugar así a la debilidad persa que conduciría al ingente ejército persa a la devastadora derrota que fue el resultado de las Guerras Médicas.

No obstante, esta perspectiva tan monolítica no debió haber sido tan incuestionable en el s. V a.C. Así, también Herodoto recoge una discusión ficticia entre los persas sobre la confrontación de los diferentes sistemas de gobierno, en la que concluye que el poder unipersonal es la mejor forma de gobierno:

Quando es el pueblo quien gobierna, no hay medio de evitar que brote el libertinaje; pues bien, cuando en el Estado brota el libertinaje, entre los malvados no surgen odios, sino profundas amistades, pues los que lesionan los intereses del Estado actúan en mutuo contubernio. Y este estado de cosas se mantiene así hasta que alguien se erige en defensor del pueblo y pone fin a semejantes manejos. En razón de ello, ese individuo, como es natural, es admirado por el pueblo; y, en virtud de la admiración que despierta, suele ser proclamado monarca; por lo que, en este punto, su caso también demuestra que la monarquía es lo mejor. Y, en resumen, ¿cómo -por decirlo todo en pocas palabras- obtuvimos la libertad? ¿Quién nos la dio? ¿Acaso fue un régimen democrático? ¿Una oligarquía, quizá? ¿O bien fue un monarca? En definitiva, como nosotros conseguimos la libertad gracias a un solo hombre, soy de la opinión de que mantengamos dicho régimen e, independientemente de ello, que, dado su acierto, no derogemos las normas de nuestros antepasados; pues no redundaría en nuestro provecho⁶.

Evidentemente, el texto revela la existencia de un profundo debate en relación con las formas de gobierno, y sorprende advertir en boca de los persas la idea de la identificación de la libertad como resultado de la monarquía, del gobierno del mejor, una idea tan opuesta a la tradicional perspectiva de los griegos como libres por naturaleza cívica y cultural frente a los persas como súbditos, siervos esclavos del Gran Rey. En cualquier caso, esta tradición conceptual ha sido una constante a lo largo de la historiografía.

6. Hdt. 3, 82, 4-5; traducción de C. Schrader, *Herodoto: Historias. Libros III-IV*, Madrid, 1979.

Si observamos más allá de la Antigüedad, buena parte de esta idea parece haberse mantenido en la transmisión cultural producida a raíz del Renacimiento, en un proceso de fosilización ideológica que llega hasta nuestros días.

En un bellissimo libro, Jane Grogan se ha propuesto analizar la imagen del Imperio Persa en la literatura inglesa del Renacimiento⁷. Sorprende advertir cómo los persas fueron, desde siempre, unos viejos conocidos de los hombres cultos europeos. Al fin y al cabo, los textos de los clásicos grecolatinos o de la misma Biblia coleccionaban un gran número de referencias e informaciones sobre la realidad histórica del reino aqueménida. Asimismo, Grogan ha constatado también el profundo peso de la transmisión de la *Ciropedia* de Jenofonte en la concepción que sus compatriotas de inicios de la modernidad tuvieron sobre los Persas, hasta el punto de crear, por una parte, el mito de un Ciro como modelo de gobernante, casi incluso el único persa realmente libre⁸ y loable, frente a la decadencia paulatina de sus sucesores (con la excepción, a veces también cuestionada, de Darío) hasta la poderosa renovación desencadenada por la fuerza del conquistador Alejandro⁹. Es posible que esta mirada hacia la historia persa como en continua decadencia desde la muerte del incomparable Ciro haya quedado profundamente solidificada en el pensamiento europeo. No podemos olvidar tampoco que si bien Persia es un viejo conocido a raíz de los textos antiguos, también debió representar con fuerza la figura del otro, tanto por medio de la Persia Safávida como del Imperio Otomano. No es este el lugar de analizar estas identificaciones del período moderno, pero el tema no deja de resultar profundamente interesante. En este sentido, el resultado de dicha encarnación de la alteridad convertía a los persas modernos o a aquellos identificados como tales en equiparables a los persas antiguos, del mismo modo que los europeos modernos se equiparaban con los europeos antiguos (griegos y romanos esencialmente). Por ello, las formas políticas de despotismo oriental de los reinos orientales modernos son también asimiladas fácilmente como propias del Imperio Aqueménida.

El término mismo de despotismo merece cierta atención. De hecho, el origen del uso actual del vocablo tiene mucho de antiguo, surgiendo inicialmente de un texto de Aristóteles:

7. J. Grogan, *The Persian Empire in English Renaissance Writing, 1549–1622*, New York, 2014.

8. Cf. D. Plácido, “Las formas del poder personal: la monarquía, la realeza y la tiranía”, *Gerión*, 25, 2007, 132.

9. Cf. P. Briant, “Alexander and the Persian Empire, between ‘Decline’ and ‘Renovation’: History and Historiography”, en W. Heckel, L.A. Tritle (Eds.), *Alexander the Great. A New History*, Oxford, 2009, 1171-188.

Por consiguiente, cuantos opinan que es lo mismo ser gobernante de una ciudad, rey, administrador de su casa o amo (*δεσπότης, despótēs*) de sus esclavos, no dicen bien. Creen, pues, que cada uno de ellos difiere en más o en menos, y no específicamente. Como si uno, por gobernar a pocos, fuera amo (*δεσπότης, despótēs*); si a más, administrador de su casa; y si todavía a más, gobernante o rey, en la idea de que en nada difiere una casa grande de una ciudad pequeña. Y en cuanto al gobernante y al rey, cuando un hombre ejerce solo el poder, es rey; pero cuando, según las normas de la ciencia política, alternativamente manda y obedece, es gobernante¹⁰.

Es sumamente interesante advertir la proximidad conceptual a nivel político y de gobierno entre el rey y el amo de esclavos. Efectivamente, esta percepción se hizo eco en muchos autores, desde Maquiavelo hasta Montesquieu, quienes identificaron el despotismo con el oriente a raíz de la equiparación de la mirada griega al oriente con las realidades culturales orientales de su tiempo. Así, retomando el pensamiento de Maquiavelo de dos grandes sistemas de gobierno (República y Monarquía), añadirá un tercero, el despotismo, definido por la ausencia de toda ley, y por tanto de todo límite, y fundamentado sobre el principio del miedo de los súbditos, así como sobre la esclavitud¹¹ o las grandes extensiones de territorio¹². El modo en que esta formulación afecta a la imagen que de oriente tenían los europeos ilustrados adquiere también un fuerte impacto en la percepción de los clásicos, y Persia aparece como uno de los ejemplos más antiguos de este despotismo que, sin cambios, habría llegado hasta los días de Montesquieu y sus coetáneos.

Como decíamos, pese a este juicio negativo, puede advertirse la convivencia de una cierta ambivalencia que resulta del todo incoherente en la percepción que los europeos del s. XVIII tuvieron en relación con el imperio persa, de una parte identificado y no diferenciado del resto de los imperios orientales, fuesen de la Antigüedad o de los tiempos modernos; y de otra parte, considerado un momento capital del devenir histórico, lo que también estaría relacionado con la preeminencia de Ciro como modelo de gobernante. Ambas tendencias aparecen con claridad en dos pensadores tan diferentes como Kant y Herder.

Escribe Kant:

10. Arist. *Pol.* 1252a; traducción de M. García Valdés, *Aristóteles: Política*, Madrid 1988.

11. E. Adamovski, "Formas de gobierno y despotismo en el último Diderot", *Revista de estudios políticos*, 114, 2001, 209, 214.

12. F. Carreira da Silva, *Virtud y democracia: ideas republicanas en el pensamiento contemporáneo*, Madrid, 2008, 82 n. 33.

Todas las razas se extinguirán, excepto la blanca. Los americanos y los negros no pueden gobernarse a sí mismos, por eso sirven solamente como esclavos. La obstinación de los indios con sus costumbres es la causa de que no se fundan en un solo pueblo con los blancos. No es bueno que se mezclen, como los españoles en México [...] la raza de los blancos ha producido todas las revoluciones en el mundo [...] las otras tres razas ninguna [...] Nuestra historia de la humanidad concierne con fiabilidad únicamente a la raza de los blancos: egipcios, persas, tracios, griegos, escitas (no a los indios y a los negros)¹³.

Y pese a ello, el ineludible prejuicio sigue firmemente configurado en relación con oriente y el inmovilismo, una característica que choca con el supuesto dinamismo y con la idea de progreso que con tanto ahínco pretenden defender y analizar los pensadores europeos:

Cuando un pueblo no se perfecciona de ninguna manera a lo largo de los siglos, hay que suponer que existe en él una cierta disposición natural (*Naturanlage*) que no es capaz de superar: ello ocurre entre los hindúes, los persas, los chinos, los turcos y en general en todos los pueblos orientales¹⁴.

La cuestión del progreso será uno de los ejes fundamentales del pensamiento de Herder, quien considera al imperio persa en los siguientes términos:

Este reino no ha ejercido influjo alguno benéfico sobre otra nación alguna porque en vez de edificar destruía. Obligaba a las provincias a rendir tributos vergonzosos (...), pero no las aglutinaba mediante mejoras en la legislación y las instituciones. (...) El destino tomó venganza de estos sultanes; han sido borrados de la tierra como por el mortífero viento simún, y donde sobrevive su memoria, como por ejemplo entre los griegos, allí vive para su deshonra, cual caricatura de su extinta grandeza¹⁵.

La crítica parece centrarse aquí en la expansión y conquista realizada por los persas:

13. Kant, AA XV, 878 (trad. M^a.J. Vázquez Lobeiras); Cf. M^a.J. Vázquez Lobeiras, "Oriente y Occidente en la geografía de Kant: con un excursus hacia la antropología y la filosofía de la Historia", en M.J. Vázquez Lobeiras, A. Veiga Rodríguez (Eds.), *Perspectivas sobre oriente y occidente: actas el II Curso de Primavera, Lugo, 3-7 de abril de 2005*, Lugo, 2008, 218.

14. Kant, AA XV, 1181 (trad. M^a.J. Vázquez Lobeiras); Cf. Vázquez Lobeiras, "Oriente...", *op. cit.*, 219.

15. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Buenos Aires, 1959, 370.

Si alguna vez el sentido humanitario se hace lugar entre los hombres, lo primero que habrá que aprender de la historia de los persas es renunciar a la locura de un desenfrenado espíritu conquistador, que en pocas generaciones acaba por perderse a sí mismo. Conduce a los hombres como si fueran rebaños, los agrega unos a otros cual materia inerte y se olvida de que en ellos habita un espíritu vivo y que tal vez la última piedra que iba a coronar el edificio se desprenderá para aplastarlo. (...) Un imperio juntado a punta de lanza, que abarca cien pueblos y veinte provincias no es un Estado sino un monstruo¹⁶.

Sorprende que esta crítica a la extensión de las conquistas persas no se aplique a otros grandes conquistadores, como el mismo Alejandro, o incluso al mismo Ciro, de quien Herder afirma que “basta saber que Ciro conquistó el Asia y fundó un Imperio que se extendía desde el Indo hasta el Mediterráneo”, sin que ello suponga un demérito. Por otra parte, la profunda crítica al imperialismo seguramente tiene más de paralelo coetáneo, y de oposición al Reino Unido, que no de auténtica observación sobre el pasado aqueménida.

Como decíamos, al intenso tono crítico de Herder contra los persas debemos oponer la positiva imagen de Ciro, así como el parámetro racial que ya habíamos observado en Kant:

Si hay algún príncipe alrededor de cuya figura la historia se convierte en poesía, este príncipe es Ciro, el fundador del Imperio Persa, tanto si la historia de este mimado de los dioses se lee en fuentes hebreas o persas, como si en Herodoto o en Jenofonte. (...) Si Jenofonte dijo la verdad al describir las costumbres de los antiguos persas conforme a las cuales Ciro fue educado, los alemanes tenemos motivos de congratularnos de nuestro probable parentesco racial con este pueblo y de hacer votos por que todos nuestros príncipes se aboquen a la lectura de la *Ciropedia*¹⁷.

Es en Hegel donde esta dualidad parece adquirir un nuevo tono, al relacionar de nuevo los elementos tradicionales de la libertad y el despotismo con las perspectivas apuntadas en Kant y Herder.

Los persas son el primer pueblo histórico; Persia es el primer imperio que ha sucumbido. Mientras que la China y la India permanecen estáticas, prolongándose hasta el presente una existencia natural y vegetativa, este país [Persia] ha estado sometido a las evoluciones y revoluciones, únicos testimonios de una vida histórica.

16. Herder, *Ideas... op. cit.*, 368.

17. Herder, *Ideas... op. cit.*, 367.

(...) La complexión de los hombres, sus rasgos faciales, su carácter, sus concepciones religiosas, todo es distinto. Si los chinos y los indios, las dos grandes naciones del Asia Oriental que hemos considerado, pertenecen a la raza propiamente asiática, es decir, mongólica, y tienen por tanto, un carácter peculiar, distinto del nuestro, en cambio las naciones del Asia Anterior pertenecen a la raza caucásica, esto es, europea, y están en relación con el Occidente¹⁸.

En un tono similar, continua Hegel:

En Persia es donde el hombre empieza ya a apartarse de la naturaleza. (...) Aquí en Persia surge por primera vez la luz que brilla e ilumina otras cosas. La luz de Zoroastro es la primera que pertenece al mundo de la conciencia¹⁹.

Sus consideraciones, de hecho, son diversas, y afectan a los diferentes rasgos de la cultura histórica del imperio de los aqueménidas, como por ejemplo la política:

Por lo que toca, en primer término, a la política, se nos ofrece aquí, por primera vez, un verdadero *imperio*, un conjunto de soberanía, que comprende en sí elementos totalmente heterogéneos (en un sentido relativo. Tenemos aquí un pueblo que comprende en sí a otros muchos, pero respetando su individualidad y condicionándolos tan solo en cuanto a la soberanía. Este imperio no es ni un señorío patriarcal como en China, ni algo tan rígido como en la India, ni una creación efímera como la que surge entre los mongoles. Tampoco es un imperio de la opresión como el de los turcos. Aquí, en Persia, vemos una serie de pueblos que conservan su independencia y dependen, sin embargo, de una unidad que ha sabido mantenerlos satisfechos²⁰.

También se plantea la naturaleza del imperio creado por los aqueménidas en relación con los pueblos conquistados, ante la omnipresente atención en la obra de Hegel al concepto de libertad:

La mucha libertad de que estos pueblos gozaron bajo a dominación persa fue la razón por la cual algunos de ellos se defendieron tan valerosamente contra Alejandro Magno²¹.

En el poderoso imperio universal los persas mismo sustituyen tan solo el núcleo que ejerce la dominación sobre los demás pueblos. Libre pueblo montañés y nómada,

18. F.W.G. Hegel, *Lecciones para una filosofía de la historia universal*, Madrid, 1985, 323.

19. Hegel, *Lecciones... op. cit.*, 323-324.

20. Hegel, *Lecciones... op. cit.*, 326.

21. Hegel, *Lecciones... op. cit.*, 346.

permaneció en sus montañas aun después de haber alcanzado la dominación sobre comarcas más ricas, más cultas y más fértiles, poniendo solo un pie en los territorios conquistados. (...) Del mismo modo, los persas no se han confundido con los habitantes de los países conquistados. Mas por otro lado tampoco han hecho de ellos esclavos, como vemos en otras partes.

(...) No obstante, los persas acabaron por contagiarse del lujo de los otros pueblos del Asia anterior²².

El sano vigor de los pueblos montañoses alienta entre los persas. Al conceder a los pueblo subyugados el ejercicio de sus peculiaridades, este vigor se manifiesta en una conducta noble y bella. Pero dura poco en tal pureza; no puede resistir a la licencia asiática. El sencillo espíritu persa se sumergió de pronto en los excesos asiáticos, rompiendo todos los frenos²³.

Pese a todo, sus conclusiones reflejan el mismo sesgo que hemos estado señalando:

Los poderes que se enfrentaron en esta lucha fueron los siguientes. Por un lado, el despotismo oriental, todo el mundo oriental culto, reunido bajo un soberano. Exteriormente, llevaba esta parte gran ventaja. Los persas y principalmente Jerjes no pueden considerarse como un pueblo sin vigor. (...) [Las victorias griegas] son victorias que pertenecen a la historia universal; han salvado la cultura y el poder espiritual; han arrebatado todas sus fuerzas al principio asiático²⁴.

Una de las cuestiones interesantes en la coincidencia Herder y Hegel es, efectivamente, la cuestión racial, donde los Persas son considerados positivamente y en conexión con el Occidente moderno. Esta perspectiva racial dará lugar a la obra de

22. Hegel, *Lecciones... op. cit.*, 343.

23. Hegel, *Lecciones... op. cit.*, 346. La mezcla con los sometidos no es la única razón de la perdición persa: «No existía comunidad de leyes y de derechos en esta multitud de pueblos; ni los persas actuaban como funcionarios en ellos, sino que se limitaban a cobrar el tributo y a exigir los servicios militares. La dominación persa no adquirió verdadera e íntima legitimidad entre estos pueblos, porque no los organizó. Los persas siguieron siendo los señores abstractos, y esto trajo necesariamente consigo la violencia, la injusticia y la opresión, lo cual acarreó a su vez la debilitación del poder persa, que sucumbió, al final, en el choque con los griegos»: Hegel, *Lecciones... op. cit.*, 346).

24. Hegel, *Lecciones... op. cit.*, 467.

Gobineau, y desde él, a miradas como las articuladas por Berve, Schachermeyr o Franz Altheim a la luz de la intelectualidad racial del nazismo²⁵.

Por otra parte, en relación con la sumisión de los súbditos, parece fundamental subrayar de nuevo la pervivencia en Hegel de la idea de despotismo, que se transmite directamente a la historiografía por medio de visiones como la de Droysen, quien describe así al Imperio Persa en su *Alejandro Magno* de 1831:

Los nobles y el pueblo de Persia comparten hasta cierto punto la soberanía de su rey mediante ricas dotaciones, abundantes y continuas gracias y honores y los elevados sueldos con que se remunera a los que sirven en el ejército. Esto, unido a la constante y severa vigilancia, a la rígida disciplina, a la jurisdicción penal, despótica y no pocas veces sanguinaria, ejercida por el propio rey, mantiene en el temor y la obediencia a cuantos se hallan al servicio del estado. (...) Tales son los rasgos fundamentales de esta estructura de poder, basada en la esencia más genuina del pueblo persa, en su tradicional y sencilla sumisión al cabeza de la tribu y en la nota orgullosa de su legitimidad procedentes ambas de la antigua organización gentilicia. Esta grandiosa organización de poder despótico giraba toda ella en torno al principio de la dignidad y el poder personales de quien lo encarnaba se transmitían a cada uno de sus sucesores, de que la corte y el harén cerca de él y los sátrapas y los jefes militares, más a distancia, se hallaban dirigidos e inspirados por él en todo momento, y de que el pueblo se dominante se mantenía fiel a sí mismo y a su disciplina y austeridad tradicionales y a su devoción incondicional al dios-rey²⁶.

Es curioso el poco espacio que Droysen dedica al conocimiento del Imperio Persa. En tan solo unas páginas de su *Alejandro* se traza el conocimiento que cualquier lector necesita para comprender no solo qué era el antiguo Imperio Aqueménida, sino también su devenir histórico y las razones por las cuales Macedonia pudo hacerle frente. Ello se convertirá en una costumbre en los libros sobre Alejandro. Así, por ejemplo, puede observarse en las obras de Ulrich Wilcken²⁷ o Robert D. Milns²⁸, en las que la presencia de un análisis detallado sobre el enemigo persa está ausente, probablemente porque no es necesario definirlo por sí mismo, al quedar claramente

25. Sobre las miradas del nazismo ante Alejandro, y por ende, el imperio aqueménida, vid. B. Antela-Bernárdez, "Alejandro ante el nazismo. Franz Altheim", en A. Gonzales (Ed.), *Homenaje a Amparo Pedregal*, Besançon, 2019 [en prensa], con bibliografía.

26. J.G. Droysen, *Alejandro Magno*, México, 2004, 39-40. Sobre el Alejandro de Droysen, vid. B. Antela-Bernárdez, "J.G. Droysen e o primeiro *Alexandre* científico", *Gallaecia*, 19, 2000, 219-249, con bibliografía.

27. U. Wilcken, *Alexanders des Grossen*, Berlín, 1931.

28. R.D. Milns, *Alexander the Great*, Londres, 1968.

definido en oposición al protagonismo griego (macedonio), caracterizado entre otras cosas por la idea de libertad. De hecho, esta idea ha pervivido a lo largo del tiempo hasta enraizarse en la historiografía. Los ejemplos de ello son incontables. En su obra *Histoire des Grecs* de 1887-9 Victor Duruy afirma en su redacción sobre la victoria griega en las Guerras Médicas:

¿Quién hubiera creído algunos meses antes que la grandeza de Asia hallaría en Grecia su tumba? Todas las grandes masas de Oriente no pudieron prevalecer contra aquella pequeña nación, que tenía en sí el doble genio de la civilización y de la libertad²⁹.

En un tono similar, la obra de John B. Bury, publicada en 1900, es solo otro ejemplo interesante de la pervivencia de esta idea. Así describía Bury a Alejandro:

As a champion of Greeks against mere barbarians, as a leader of Europeans against effeminate Asiatics, as the representative of a higher folk against being lower in the human scale³⁰.

Del mismo modo se expresa V. V. Struve en su *Historia de la Antigua Grecia*, publicada originalmente en 1956:

Surgida de las conquistas, la monarquía persa no tenía una base económica unida y como unidad administrativa militar era poco coherente; consistía en un conglomerado de muchas tribus y pueblos, cada uno de los cuales, bajo el poder de los reyes persas, continuaba viviendo su propia vida, distinta de la de sus vecinos. Esta principal particularidad histórica de la potencia persa esclavista nos explica también el carácter de su política con sus muchos súbditos y, especialmente, con las ciudades griegas sometidas³¹.

Incluso autores de talla y genialidad, como Hermann Bengtson en su *Griechische Geschichte* de 1950, probablemente mi obra general favorita sobre Historia de Grecia, redunda en la misma concepción:

El hecho de que los griegos resistieran la potente presión del este y del oeste lo deben a la circunstancia de que encontraron sus paladines para la lucha por la libertad en la hegemonía espartana del Peloponeso y en el Estado siracusano en el Occidente³².

29. V. Duruy, *Historia de los griegos*, II, Barcelona, 1890, 91.

30. J.B. Bury, R. Meiggs, *A History of Greece to the Death of Alexander the Great*, New York, 1956, 725.

31. V.V. Struve, *Historia de la Antigua Grecia*, I, Madrid, 1974, 297.

32. H. Bengtson, *Historia de Grecia*, Madrid, 2009, 126.

Sin duda, muchos de estos ejemplos, como es el caso del mismo Bengtson, merecen matices de análisis que en esta rápida revisión no podemos acometer³³. El problema, sin embargo, resulta extremadamente actual. Escribía el brillante helenista Oswyn Murray en 1980:

Las guerras médicas abrieron una nueva época. Pero también cerraron una época antigua. La cultura griega había sido creada mediante el intercambio fructífero entre el Este y el Oeste; esa deuda cayó en el olvido. Una cortina de hierro había descendido: el Este contra el Oeste, el despotismo contra la libertad³⁴.

No parece clara la intención ambigua de Murray, si afirma o si critica este binomio de opuestos. No obstante, es posible que la fecha de la obra de Murray sirva de referencia para observar una nueva mirada en los estudios de la Antigüedad en relación con el mundo persa. Así, también, por ejemplo, S. Hornblower³⁵ se expresa en términos mucho más cuidadosos sobre los persas, a quienes no juzga ya con la ligereza de sus antecesores.

Algo sucede, pues, alrededor de la década de los 80. De hecho, Mohammad-Taqi Imanpour³⁶ ha desarrollado en una serie de trabajos una síntesis de la evolución de los estudios sobre el mundo aqueménida desde la Revolución Blanca de Jomeini en Irán, que produjo en primera instancia la imposibilidad para los occidentales de excavar en los yacimientos capitales del mundo aqueménida, al menos hasta 1995, así como el rechazo inicial del gobierno iraní por su pasado aqueménida, caracterizado como hemos visto por la historiografía como despótico, en beneficio del estudio de los sasánidas. No obstante, las consecuencias de este proceso fueron profundas en

33. En el caso de Bengtson, vale la pena recoger aquí otro de sus pasajes: «La lucha de transcendencia universal entre griegos y persas no nació de la contraposición entre libertad y vasallaje, sino de la incapacidad de comprenderse entre sí, del sentimiento íntimo de estos pueblos de ser extraños el uno al otro» (Bengtson, *Historia*, 133). De hecho, Bengtson dedica un apartado a la descripción profunda, en comparación con lo habitual en su tiempo, de la naturaleza del Imperio Persa, y entre líneas parece ser consciente del hecho que la lucha entre griegos y persas no tiene que ver con el eje mismo de comprensión de la oposición de los binomios esclavitud-libertad y oriente-occidente, aunque en su texto la concepción que pretendemos exponer se mantiene un tanto implícita.

34. O. Murray, *Grecia Antigua*, Barcelona, 1981, 270.

35. S. Hornblower, *El mundo griego 479-323 a.C.*, Barcelona, 1985.

36. M.T. Imanpour, "Development of Achaemenid Studies in the West after 1979", *Analytica Iranica*, 4, 2013, 91-141; M.I. Imanpour, "Re-establishment of Achaemenid History and its Development in the Nineteenth and Twentieth Centuries", *Iranian Studies*, 48, 2015, 515-530.

los estudios sobre el mundo persa, dando lugar a una auténtica efervescencia de estudios y aproximaciones y a lo que podríamos llamar la «aquemenología», a partir de los diversos workshops sobre mundo aqueménida organizados inicialmente por H. Sancisi-Weerdenburg y A. Kurtz, y posteriormente, por la magistral y riquísima aportación de Pierre Briant, así como de una serie de nuevas voces y nuevas miradas a la especificidad misma del imperio aqueménida, mediante las cuales se reclama la necesidad de analizar el ámbito histórico de la antigua Persia por sí misma y en su propio contexto, y no sencillamente en oposición a los griegos.

Pese a ello, y pese también al tiempo que ha pasado, es triste advertir el escaso impacto que esta profunda renovación, todavía en proceso, de la imagen de Persia y la aparición de la «Aquemenología», la descripción que encontramos en muchas obras de referencia consideradas de referencia sigue anclada en los términos que hemos analizado a lo largo de estas líneas, o así parece a la luz de un texto, casi un texto cualquiera, del prestigioso Paul Cartledge, en una obra reciente:

In about 545 the emergent and insurgent Persian Empire delivered its calling card to the Aegean coast (...), and Herodotus tells a colourful tale of the siege by and abandonment to the Persians of the Massaliotes' metropolis Phocaea. Rather than submit to Persian 'slavery', the remaining Phocaeans followed their pioneering ancestors to the by then increasingly hellenized West³⁷.

El eco de estas palabras no hace sino recordar marcos ideológicos como los defendidos por Víctor D. Hanson, entre otros³⁸, sobre el eterno conflicto entre Oriente y Occidente. Escribe Hanson:

Sin embargo, Atenas fue una democracia, y Sidón no. En Grecia los agricultores eran dueños de sus tierras, votaban y formaban la milicia de las polis; esto no ocurría ni en Persia ni en Egipto. El rey Jerjes se sentó en su trono en Salamina e hizo un registro de los súbditos valientes y cobardes que batallaban en los estrechos más al sur. Sus homólogos, el general espartano Euribíades y el almirante ateniense Temístocles, debatieron la conveniencia o no de luchar en Salamina, condujeron ellos mismos a sus

37. P. Cartledge, *Ancient Greece*, Oxford, 2009, 68. De un modo similar se expresa también en 128: «Unlike the resistance of 480 to the Persians, this was not to be danced to the tune of "Battledry of Freedom"».

38. Por ejemplo, T. Holland, *Persian Fire. The First World Empire and the battle for the West*, New York, 2005, xvi: «No wonder, then, that the story of the Persian Wars should serve as the founding myth of European civilization; as the archetype of the triumph of freedom over slavery, and of rugged civic virtue over enervated despotism».

soldados a la batalla naval y escucharon a sus remeros gritar por la libertad mientras embestían al enemigo.

Tucídides era libre de criticar a su pólis natal, Grecia; los escribas persas que narraron la gesta de Darío en las llanuras de Persépolis, no³⁹.

Al final, sin embargo, ideologías, apriorismos y perspectivas carentes de rigor y heredadas de los protagonistas mismos del conflicto, como fueron los griegos, han pervivido con intensidad por encima de la razón. Es siempre más fácil, al fin y al cabo, construir al otro mediante la oposición que tratar de comprender su especificidad. La alteridad, una vez más, está servida.

39. V.D. Hanson, "Lecciones clásicas y guerras a partir del S-11", en V. D. Hanson, *Guerra, el origen de todo*, Madrid, 2011, 74-75. La cita merece ser recogida aquí en su totalidad: «Hemos olvidado la vieja verdad de Occidente como excepción. En a época de los estudios culturales, los estadounidenses a menudo cometen el error, muy habitual por otra parte, de asumir que nuestros enemigos son simplemente distintos de nosotros, en lugar de muy distintos. Tal vez la vacilación a la hora de aceptar la singularidad de Occidente es resultado de la culpa generada por el colonialismo europeo. O tal vez se trate de una humildad muy respetable. Claro que también podría ser reflejo de la ignorancia acerca de las culturas en general y de la civilización occidental en particular. O tal vez es que vivimos en un mundo global interconectado en el que todas las narrativas son complementarias en vez de antitéticas y no existe una única "verdad" que tenga un valor absoluto. Sin embargo, Atenas fue una democracia, y Sidón no. En Grecia los agricultores eran dueños de sus tierras, votaban y formaban la milicia de las pólis; esto no ocurría ni en Persia ni en Egipto. El rey Jerjes se sentó en su trono en Salamina e hizo un registro de los súbditos valientes y cobardes que batallaban en los estrechos más al sur. Sus homólogos, el general espartano Euribíades y el almirante ateniense Temístocles, debatieron la conveniencia o no de luchar en Salamina, condujeron ellos mismos a sus soldados a la batalla naval y escucharon a sus remeros gritar por la libertad mientras embestían al enemigo. Tucídides era libre de criticar a su pólis natal, Grecia; los escribas persas que narraron la gesta de Darío en las llanuras de Persépolis, no. Estas diferencias no eran solo perceptibles, sino reales y significativas, pues afectaban a la manera en que los individuos vivían sus vidas, ya fuera con miedo o sin él, con seguridad o sin ella». Asimismo, sobre Hanson, vid. P. López Barja y E.J. González García, "Grecia desde el imperio (americano). La obra de Victor Davis Hanson", en J.M. Cortés Copete *et al.* (Eds.), *Grecia ante los imperios*, Sevilla, 415-426; B. Antela-Bernárdez, "The Western Way of War: un modelo a debate", en J. Vidal, B. Antela-Bernárdez (Eds.), *La guerra en la Antigüedad desde el presente*, Zaragoza, 2011, 141-161; P. López Barja y E.J. González García, "Neocon Greece: W.D. Hanson's War on History", *International Journal of the Classical Tradition*, 2013, 129-151; B. Antela-Bernárdez, "Victor D. Hanson e Israel La historia antigua entre memoria errónea y justificación del conflicto", en J. Vidal (Ed.), *La interpretación del antiguo Israel, entre la historia y la política*, Barcelona, 2017, 93-111.